

Kamo no Chōmei (鴨長明)

Hōjōki

方丈記

La cabaña de diez pies



Ediciones
Clío

Edición, Traducción y Prólogo
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Kamo no Chōmei

HŌJŌKI

La cabaña de los diez pies

Edición, traducción y Prólogo.
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, 2025

Hōjōki. La cabaña de los diez pies
Kamo no Chōmei (autor).



**Ediciones
Clío**

@ Fundación Ediciones Clío
Noviembre de 2025

Maracaibo, Venezuela
1ª edición

ISBN:

Diseño de portada: Janibeth Maldonado
Diagramación: Julio César García Delgado

© 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección.exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

Escrito en el siglo XIII, el Hōjōki es una de las joyas de la literatura japonesa. En estas páginas, Kamo no Chōmei narra su retirada del mundo y su decisión de vivir en una pequeña choza de diez pies, desde donde contempla la impermanencia de la vida y la inestabilidad del destino humano. Con un estilo sobrio y profundamente poético, Chōmei reflexiona sobre la fragilidad de las ambiciones humanas, la serenidad que otorga la simplicidad y la libertad que surge cuando dejamos de aferrarnos a lo efímero. Esta edición, cuidadosamente traducida y acompañada de un estudio preliminar, ofrece al lector moderno una obra que sigue iluminando, con su sabiduría silenciosa, los caminos de la vida interior.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Prólogo

Hay obras cuya luz no proviene del esplendor, sino de su sobriedad. Textos que parecen pequeños, casi modestos, y sin embargo contienen una profundidad que excede su tamaño. El *Hōjōki* de Kamo no Chōmei pertenece a ese linaje raro: el de los libros que no buscan imponerse, sino revelarse; que no desean atraer la atención, sino orientar la mirada hacia lo esencial. Puede leerse en una tarde, pero su eco intelectual y emocional acompaña al lector durante años. Su brevedad no es pobreza, sino destilación: en su interior se condensa una visión del mundo tan clara como implacable y, al mismo tiempo, tan compasiva como sutil.

Para comprender la fuerza de esta obra es necesario situarla en un tiempo de intensas transformaciones. A comienzos del periodo Kamakura (siglo XIII), Japón vivía bajo el signo de lo inestable. La capital sufría incendios devastadores que arrasaban barrios enteros; terremotos que hacían temblar los cimientos de templos ancestrales; hambrunas que abatían a la población; epidemias que barrían vidas sin distinción de rango; y disputas políticas que reconfiguraban el poder de forma repentina. La estabilidad, ese bien tan frágil como deseado, era una ilusión que se deshacía una y otra vez ante los ojos de quienes pretendían aferrarse a ella.

No sorprende que en un clima semejante surgieran voces que observaran el mundo con un desencanto lúcido. Chōmei fue una de esas voces. Para él, las calamidades no constituyeron solo un trasfondo histórico, sino una pedagogía radical: cada tragedia le enseñó algo sobre la verdad del mundo, sobre la fugacidad de la forma, sobre el engaño del prestigio, sobre la naturaleza extremadamente frágil de aquello que los seres humanos buscan preservar. Allí donde otros veían caos o injusticia, Chōmei percibía un mensaje: nada permanece. Y en la medida en que

esta verdad se aceptaba, se desvanecía la angustia que nace del apego. De esta manera, la impermanencia —*mujō*— dejó de ser un dogma para convertirse en experiencia.

Esta revelación lo empujó gradualmente a interrogarse sobre la vida cortesana, en cuya órbita había crecido. Chōmei nació en una familia de profunda tradición religiosa vinculada al santuario sintoísta Kamo, y desde joven destacó por su talento para la poesía y la música. La cultura aristocrática del período todavía respiraba la elegancia heredada del mundo Heian: ceremonias refinadas, sensibilidad estética, composición poética como forma de vínculo social, atención al detalle y a la fugacidad de la naturaleza. Pero bajo esa superficie exquisita se agitaban rivalidades, envidias y ambiciones que hacían de la corte un escenario tan brillante como inestable. Cuando el cargo hereditario al que aspiraba le fue negado, comprendió que incluso las aspiraciones más legítimas están sometidas al capricho del destino y al juego de influencias invisibles.

Su retiro no fue un arrebato, sino un proceso lento, casi inevitable. Chōmei empezó a distanciarse de la vida cortesana con la naturalidad con que una hoja se desprende del árbol cuando llega el otoño. Lo que antes lo atraía comenzó a resultarle vacío; lo que antes lo inquietaba dejó de tener importancia. Observó que los hombres competían con una intensidad desproporcionada por reconocimientos efímeros; que buscaban asegurar su posición en un sistema cuya estructura podía derrumbarse igual que un palacio tras un terremoto. De esta observación nació una pregunta decisiva: ¿qué puede sostener al ser humano cuando el mundo exterior se desmorona? La respuesta que Chōmei encontró no estaba en la acumulación, sino en la renuncia; no en la voz del mundo, sino en el silencio interior.

Su retiro se inscribe en una tradición espiritual que ya tenía siglos de antigüedad: la de los *hijiri*, los eremitas budistas que buscaban la claridad del corazón en la montaña. Estos hombres y mujeres no huían del mundo, sino de las ilusiones que el mundo imponía. Encontraban en la naturaleza un espacio de purificación, en la austeridad un examen del deseo y en la soledad una forma de escucha profunda. En este marco, la renuncia no era una pérdida, sino una forma de ganancia: quienes re-

nunciaban a los bienes mundanos se veían liberados de su peso, y quienes abandonaban las expectativas sociales encontraban una vida más simple y más real.

Chōmei asumió esta tradición y la transformó en una experiencia personal de una honestidad desarmante. Su célebre *choza de diez pies* —un espacio tan pequeño que podría desmontarse y trasladarse sin esfuerzo— se convirtió en su morada y en el símbolo de su filosofía. En su aparente precariedad se revela una enseñanza profunda: lo que es frágil no solo es verdadero, sino suficiente. En esa choza temblorosa cabía todo lo necesario para vivir una vida plena. No había adornos superfluos, posesiones que custodiar, objetos que defendieran un estatus. Había, en cambio, una claridad nacida de la ausencia: la libertad de no depender, la serenidad de no poseer, la ligereza de no temer la pérdida.

La estética que impregna el *Hōjōki* anticipa lo que siglos después se conceptualizaría como *wabi-sabi*: la belleza de lo imperfecto, lo efímero, lo sencillo y lo discreto. Chōmei encuentra belleza en aquello que está a punto de desaparecer: una lámpara que brilla débilmente, una gota de lluvia que se filtra por el techo, el murmullo del agua en la noche, el estremecimiento de la choza en el viento. Estos elementos no son meras descripciones; son puertas hacia una sensibilidad que acepta el mundo sin pretensiones y que descubre en lo pequeño una verdad que no se revela en lo grande. La belleza, para Chōmei, no reside en la permanencia, sino en la capacidad de ver lo que existe precisamente porque está destinado a desvanecerse.

La estructura del *Hōjōki* refleja esta mirada. Es una obra sin artificio, sin ostentación, sin capítulos impuestos: un flujo continuo en el que pensamiento y experiencia se entrelazan con naturalidad. No se ofrece como doctrina ni como instrucción moral, sino como testimonio vivido. La serenidad que emana de su prosa no es un efecto literario, sino el resultado directo de su comprensión del mundo. Chōmei no escribe desde la superioridad espiritual, sino desde la humildad; no desde la distancia, sino desde la cercanía con la naturaleza, con el tiempo, con la vida misma.

Este carácter testimonial es lo que otorga al *Hōjōki* una vigencia extraordinaria. En un mundo contemporáneo dominado por la prisa, la

saturación de estímulos, el consumo, la hiperconexión y la ansiedad por el rendimiento, la voz de Chōmei resuena como un contrapunto sereno y necesario. Su mensaje no pierde fuerza con los siglos: ninguna cantidad de bienes asegura la paz interior, ningún prestigio garantiza la estabilidad, ningún logro disipa definitivamente el miedo. La serenidad no es un fruto del mundo, sino del corazón que aprende a no aferrarse. Y en esta enseñanza, el *Hōjōki* se convierte no solo en un texto clásico, sino en una brújula para un tiempo que ha perdido muchas de sus orientaciones.

No todos estamos llamados a vivir en una choza de diez pies. Pero todos podemos comprender la metáfora que encierra. La “choza interior” es el espacio donde la mente se libera de lo innecesario, donde el corazón aprende a oírse, donde la existencia recobra su proporción. Allí donde dejamos de perseguir lo que no podemos retener, aparece una forma nueva de libertad: discreta, silenciosa, profunda. La renuncia que propone Chōmei no es empobrecimiento, sino clarificación; no es huida, sino retorno a lo esencial; no es rechazo del mundo, sino aceptación lúcida de su verdadera naturaleza.

Esta edición de Ediciones Clío busca ofrecer un acceso cuidado y respetuoso a esta obra extraordinaria. Hemos procurado presentar una traducción fiel al espíritu original. Esperamos que las palabras de Chōmei, nacidas en una cabaña humilde hace más de ochocientos años, sigan siendo una luz en tiempos inciertos. Que cada lector encuentre en estas páginas no solo la historia de un retiro, sino una invitación personal a vivir con mayor ligereza, claridad y gratitud.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López
<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial
<https://www.edicionesclio.com/>

Sección 1. Sobre la impermanencia del mundo

La corriente del río fluye sin cesar, pero el agua nunca es la misma. Las burbujas que aparecen en su superficie nacen y mueren sin descanso, igual que las vidas de los hombres. Las casas que ayer parecían firmes hoy están abandonadas; los hombres que ayer gozaban de prosperidad hoy se han desvanecido como un sueño. Nada permanece: lo que existe hoy ya se está deshaciendo; lo que recordamos está tan lejos que apenas podemos distinguir su forma. Así es el mundo, y así es la vida humana: un destello que brilla un instante y se apaga en silencio. Según pasan los años, esta verdad se vuelve más evidente. En mi juventud la conocía solo de nombre; ahora la siento grabada en cada experiencia.

A lo largo de mi vida he visto cómo la estabilidad del mundo se quiebra una y otra vez. Ciudades enteras ardieron bajo incendios que se propagaron como si el viento los deseara; terremotos sacudieron templos y palacios, derribando muros que parecían incommovibles; hambrunas y epidemias se extendieron como sombras que no dejan lugar donde refugiarse. Cada vez que presenciaba uno de esos desastres sentía que el corazón humano es más frágil de lo que admite la razón. Las posesiones, los rangos, los títulos: todo aquello por lo que los hombres se disputan con tanto afán puede desaparecer en un instante, como una hoja arrastrada por el río.

Y sin embargo, a pesar de haber contemplado con mis propios ojos la ruina del mundo, durante años seguí aferrado a las mismas ilusiones que gobiernan a la mayoría de los hombres. Deseaba reconocimiento, temía el fracaso, buscaba un lugar estable en la corte. Pero cuanto más intentaba asegurar mi posición, más evidente se hacía que el mundo no concede nada que pueda mantenerse. A veces veía a personas de gran rango caer en desgracia de la noche a la mañana; otras, a individuos sin importancia ascender sin esfuerzo aparente. Así comprendí que el favor es como

el rocío: brilla al amanecer y desaparece antes de que el sol alcance su altura. Quien se enorgullece de recibirlo se engaña; quien se lamenta de perderlo, desconoce su verdadera naturaleza.

Con el paso del tiempo, la suma de calamidades y desengaños me llevó a mirar con nuevos ojos la existencia humana. Dejé de creer que el esfuerzo podía garantizar seguridad, o que la virtud protegía de la adversidad. El mundo es indiferente a nuestras aspiraciones: lo que hoy levantamos, mañana cae; lo que nos enorgullece, el tiempo lo desgasta; lo que tememos perder, quizá nunca nos perteneció. Cuando esta comprensión se asentó en mi corazón, comencé a sentir que la vida cortesana, con sus alegrías y sufrimientos, era demasiado ligera y pasajera para dedicarle todas mis fuerzas. Así fue como la idea del retiro, antes remota, empezó a echar raíces en mí.

Sección 2. Hōjōki - De las calamidades y de la inestabilidad humana

En estos años he visto con mis propios ojos desastres que no pueden olvidarse. Recuerdo un incendio que devoró buena parte de la capital. El viento soplaba con tal fuerza que las llamas parecían saltar de casa en casa como si estuvieran vivas. Los hombres corrían desesperados, tratando de salvar bienes que, aun salvados, ya no tendrían dueño; otros gritaban los nombres de sus familiares entre el humo espeso. Y cuando al fin el fuego se extinguió, lo que antes era una ciudad vibrante no era más que ceniza y silencio. Del esplendor de la vida diaria solo quedaban restos ennegrecidos esparcidos en la tierra. En esos momentos comprendí cuán ilusorio es confiar en la permanencia de cualquier cosa.

Más tarde vino el terremoto. Recuerdo el temblor súbito, el rugido de la tierra abriéndose bajo los pies, los gritos de quienes corrían sin rumbo buscando un lugar seguro que no existía. Templos y palacios, contruidos con esfuerzo de generaciones, se desplomaron en un instante. En medio del caos, vi a hombres fuertes caer de rodillas y a otros,

antes soberbios, clamar por ayuda sin vergüenza alguna. La tierra, que considerábamos firme, mostró su verdadera naturaleza: cambiante, inestable, sorda a nuestras esperanzas. Comprendí entonces que no solo los bienes son frágiles: también lo es el suelo que pisamos.

Las hambrunas y epidemias que siguieron dejaron heridas más profundas que cualquiera de las calamidades anteriores. El hambre no destruye las casas, pero consume lentamente la vida de los hombres. Los rostros se volvían tensos, los cuerpos se debilitaban, y en los caminos aparecían figuras que parecían sombras. En esas épocas, la fragilidad de la existencia humana se revelaba con claridad insoportable. Y sin embargo, aun en medio de esa desolación, muchos seguían aferrados a sus deseos, disputando pequeñas ventajas en un mundo que había perdido toda estabilidad. Eso me hizo pensar que no hay desgracia mayor que la ceguera del corazón.

Entre estas calamidades y los altibajos del destino humano, comprendí que la vida en la ciudad es un tejido frágil sostenido por hilos invisibles. Una simple ráfaga del destino basta para desgarrarlo. ¿Por qué entonces los hombres se afanan tanto por posiciones que el tiempo borrarán? ¿Por qué se atormentan por honores que desaparecen tan rápidamente como llegan? Cuando vi esto con claridad, supe que no podía seguir viviendo atrapado en un mundo tan inestable. El deseo de retirarme ya no era una fantasía: se convirtió en una necesidad del espíritu.

Sección 3. Hōjōki - Renuncia a la vida cortesana y elección de la soledad

Al reflexionar sobre la inestabilidad del mundo y sobre la fragilidad del destino humano, mi corazón comenzó a distanciarse de la vida cortesana. No fue una decisión repentina, sino un proceso lento, como la retirada de la marea. Durante años había perseguido cargos y reconocimiento; deseaba destacar, ser apreciado, sentir que tenía un lugar en el complejo tejido de la corte. Pero cuanto más me afanaba, más evidente

se hacía que estos deseos no eran más que sombras engañosas que huían al ser alcanzadas. En la corte, cada gesto está cargado de cálculo; cada sonrisa, de intención. Convivir en ese ambiente consumía el espíritu más que cualquier calamidad exterior.

Lo que comenzó como un descontento vago se convirtió pronto en una certeza profunda. Vi cómo los hombres competían por favores tan efímeros que apenas duraban lo que dura el rocío sobre la hierba. Vi cómo se esforzaban por atraer atención mediante palabras vacías, modales rebuscados y conductas forzadas que revelaban más ansiedad que virtud. Y también vi cómo quienes se dejaban arrastrar por esta corriente terminaban agotados, confusos, incapaces de reconocer su propio corazón. La vida cortesana, con sus honores y decepciones, no era más que una danza continua en el borde del vacío.

En aquellos días yo mismo sufría por la falta de reconocimiento. Hubo un tiempo en que deseé un rango superior y al no obtenerlo, mi espíritu se agitó. Sentí envidia, vergüenza y frustración. Pero con el paso del tiempo comprendí que esa inquietud no era distinta de la de quienes persiguen riquezas o posiciones: un fuego que consume desde dentro y nunca se sacia. Comprendí que mi sufrimiento no provenía del mundo, sino de mis propios deseos. Y entonces me avergoncé, pues era como si hubiera permitido que mi corazón se encogiera para caber dentro de una ambición insignificante.

Poco a poco, el deseo de retirarme se hizo más firme. Dejé de frecuentar reuniones, rechacé invitaciones y reduje mis posesiones. Cada renuncia era un alivio; cada desapego, una liberación. Comencé a pasar más tiempo en lugares tranquilos, lejos del bullicio. Descubrí que basta con alejarse un poco de la ciudad para que el espíritu recobre la claridad. El silencio de la montaña, el murmullo del agua, el suave movimiento de las ramas al viento: todas esas cosas, tan simples, parecían más verdaderas que cualquier honor cortesano.

Al final, resolví abandonar la ciudad por completo. No buscaba el aislamiento como castigo, sino como camino hacia la libertad. Vivir apartado no significaba rechazar a los hombres, sino liberarme de sus expectativas. Cuando partí, no lo hice con resentimiento, sino con un corazón

que por fin encontraba un rumbo propio. Dejé atrás la vida cortesana, no porque la despreciara, sino porque comprendí que ya no tenía nada que ofrecerme. La soledad de las montañas me pareció entonces más acogedora que cualquier palacio; su silencio, más profundo que cualquier conversación humana. Fue así como comenzó mi vida retirada.

Sección 4. Hōjōki - La construcción de la choza de diez pies

Tras abandonar la ciudad, busqué un refugio donde pudiera vivir sin inquietudes. No necesitaba una casa grande ni un terreno extenso. Mi único deseo era tener un espacio que protegiera mi cuerpo del frío y del calor, y un lugar donde mi espíritu pudiera reposar sin ser perturbado. Así, después de mucho buscar, construí una pequeña choza de apenas diez pies de lado. Su tamaño es tan reducido que podría desmontarse fácilmente y trasladarse a otro lugar si fuera necesario. Sus paredes están hechas de ramas entrelazadas y barro; el techo, cubierto con tablillas delgadas, ofrece la protección justa para la lluvia de verano y el viento suave del otoño.

La estructura es tan simple que muchos podrían considerarla precaria. Cuando sopla el viento, la choza se estremece ligeramente; cuando llueve con fuerza, algunas gotas atraviesan el techo. Pero para mí, estas imperfecciones son parte de su encanto. En la ciudad, aun las casas más sólidas pueden derrumbarse por un terremoto o arder en un incendio; su solidez es solo apariencia. En cambio, esta pequeña choza no pretende ser fuerte: acepta su fragilidad como parte de su forma de existir. Y quizá por eso, vivir en ella trae una paz que ninguna residencia prestigiosa podría ofrecer.

Dentro de la choza, el espacio es reducido pero suficiente. Una estera me sirve de lecho, una pequeña mesa sostiene mis utensilios de escritura y unas pocas vasijas contienen mi arroz y mi agua. Cuando la luz entra por la estrecha ventana de papel, ilumina el interior con un resplandor suave que cambia con las estaciones. En invierno, el soplo del viento trae

un frío que invita a reflexionar; en verano, las cigarras llenan el aire con su canto monótono que parece brotar del mismo tiempo. Nada sobra y nada falta. Todo lo que poseo cabe en este pequeño espacio, y al mismo tiempo, siento que poseo más tranquilidad que en todos mis años de juventud.

Construir esta choza fue para mí un acto de renuncia y a la vez una afirmación. Renuncié a buscar reconocimiento, renuncié a competir por lugares en la corte, renuncié a los deseos que nunca se satisfacen. Y afirmé que la simplicidad es el camino hacia la libertad. El mundo, visto desde esta choza, parece menos amenazante y más comprensible. Lo que antes me perturbaba ahora me deja indiferente; lo que antes deseaba ahora me parece ligero y sin sustancia. Vivir en esta choza de diez pies me permitió, por primera vez, ver con claridad la verdadera naturaleza de la vida humana.

En la ciudad, los hombres se afanan por construir casas grandes, por acumular bienes y adornos que exhiben su posición. Pero ¿de qué sirve un palacio si el corazón está inquieto? ¿De qué sirven las riquezas si la mente está atrapada por el miedo a perderlas? Aquí, en mi modesta choza, no hay nada que defender ni nada que perder. Y esa ausencia de posesiones se convierte en la mayor riqueza. Comprendí entonces que la verdadera casa del hombre no es la que construye con madera y barro, sino la que encuentra en la serenidad de su espíritu.

Sección 5. Hōjōki - La vejez, la contemplación y la paz final del retiro

Han pasado muchos años desde que vine a vivir a esta pequeña choza. Mi cuerpo ha envejecido y mis fuerzas se han debilitado: a veces mis piernas tiemblan, a veces mi vista se nubla, y el simple acto de levantarme me exige un esfuerzo que antes no conocía. En mi juventud temía la vejez; veía a otros envejecer y pensaba que era un castigo inevitable. Sin embargo, ahora que he llegado a esta etapa, no siento ese temor. La vejez

no es una desgracia, sino una estación más en el largo ciclo de la vida humana. El deterioro del cuerpo es natural, y aceptarlo permite que el espíritu viva en paz.

Lo que realmente entristece no es la fragilidad física, sino la fragilidad de la mente cuando se aferra a lo que ya no puede alcanzar. Quien en la vejez permanece atado a deseos juveniles sufre necesariamente, pues persigue sombras que jamás volverán. En cambio, quien acepta serenamente lo que es, quien ajusta su corazón al estado presente de su vida, vive sin peso. En esta choza humilde, mis días transcurren con una calma que jamás conocí en mis años de actividad. A veces recojo agua del arroyo, otras corto leña, y otras simplemente observo la luz del sol entrando por la ventana de papel. Cada tarea es sencilla y cada gesto contiene su propia enseñanza.

Cuando llueve, escucho el sonido del agua golpeando el techo como si fuera una lección sobre la constancia de lo que fluye. Cuando sopla el viento, siento que me habla sin palabras, recordándome que todo cambia y que nada puede retenerse. Aunque vivo en soledad, no estoy aislado del mundo. Lo observo desde la distancia, como quien contempla un río desde la orilla. Veo a los hombres correr tras honores, riquezas y reconocimientos sin comprender cuánto sufrirán para obtenerlos ni cuán rápidamente los perderán. A veces, al pensar en ello, mi corazón se llena de compasión. Quisiera que comprendieran que la vida es breve y que tanto la dicha como la desgracia no son más que sombras pasajeras.

El número de mis visitas es escaso. Algunos me han olvidado; otros han muerto; otros siguen sus vidas sin saber que el tiempo los llevará igualmente. En estas reflexiones no encuentro tristeza, sino serenidad. La soledad no ha sido para mí un castigo, sino una maestra silenciosa. Aquí he aprendido que la verdadera libertad consiste en poseer poco y desear aún menos. El mundo se vuelve ligero cuando uno deja de aferrarse a él. En esta pequeña cabaña he descubierto que lo esencial no necesita ornamentos y que la paz no depende de la compañía, sino del estado del corazón.

A veces pienso en mi muerte. No me asusta. He vivido apartado del mundo, sin esposa, sin hijos y sin posesiones. Moriré de la misma mane-

ra que he vivido: ligero. Cuando llegue el momento, mi cuerpo será tan fácil de abandonar como lo es desprenderse de una prenda vieja. Quizá no haya nadie que cierre mis ojos; quizá la choza se derrumbe sobre mí; quizá mi cuerpo quede sin ser encontrado. Pero nada de esto me inquieta. He contemplado la impermanencia durante demasiados años como para temerla ahora. La muerte no es un final abrupto, sino un paso más en el flujo de las cosas.

Si pudiera dejar un pensamiento final, sería éste: todo es impermanente, y quien comprende profundamente esta verdad no es apresado por el sufrimiento. Desde esta choza pequeña, que apenas contiene mi cuerpo pero que ha dado descanso a mi espíritu, observo el mundo sin aferrarme a él. Nada lamento y nada deseo. Así, con un corazón en paz, pongo fin a este relato, sabiendo que lo que he vivido no fue grande ni famoso, pero sí verdadero. Aquí, en la cabaña de diez pies, mi espíritu descansa como el agua tranquila de un estanque al amanecer.

Epílogo

Leer el *Hōjōki* en nuestro tiempo implica realizar un movimiento inusual: retroceder hacia una voz que no compite por nuestra atención y, sin embargo, la convoca con una fuerza silenciosa. En una época en la que lo fugaz se impone como medida del valor y lo inmediato como criterio de verdad, la lectura de un texto nacido en una cabaña austera, en el Japón del siglo XIII, parece casi un acto contracultural. Pero es precisamente esa distancia la que nos permite reconocer su pertinencia: Chōmei no escribe desde la lógica de la utilidad moderna, sino desde una comprensión del ser humano que antecede y excede a nuestra época. Su obra es un recordatorio de que, aun en medio del vértigo contemporáneo, sigue existiendo un ámbito donde la vida puede ser pensada desde su esencia.

La primera enseñanza filosófica del *Hōjōki* surge del modo en que Chōmei habita el mundo. En la tradición fenomenológica que Heidegger desarrollaría siglos después, habitar no es simplemente residir, sino “ocuparse del propio ser en el mundo”, estar en una relación originaria con el espacio, el tiempo y la apertura del sentido. La choza de diez pies no es, desde esta perspectiva, una renuncia material, sino un gesto ontológico: un modo de situarse de tal manera que lo esencial pueda aparecer. Chōmei desmonta las capas de artificio que normalmente envuelven la existencia —prestigio, honor, reconocimiento, obligación social— para dejar que el ser encuentre un ámbito más verdadero. La precariedad de su cabaña no es un fracaso, sino la condición de posibilidad de una forma nueva de ver.

El mundo moderno, por el contrario, ha convertido el “habitar” en un ejercicio de acumulación y control. No habitamos espacios, los administramos; no vivimos el tiempo, lo gestionamos. En este contexto,

la choza de Chōmei se alza como una crítica silenciosa al modo en que hemos reducido la experiencia a funcionalidad. Heidegger señaló que la esencia de la técnica moderna no reside en los instrumentos, sino en el modo de revelar el mundo: en convertir todo en recurso, en poner todo bajo disponibilidad. El *Hōjōki* invierte esa lógica: en la cabaña no hay nada disponible, porque nada es necesario; y precisamente por ello, todo se vuelve significativo. Allí donde la técnica uniforma la percepción, la pobreza voluntaria la libera.

Otra dimensión filosófica clave es la experiencia de la vacuidad (*kū*), central en el budismo y profundamente coherente con el espíritu Zen. Chōmei no teoriza sobre la vacuidad: la vive. La impermanencia no es aquí un dogma doctrinal, sino la constatación de un fenómeno que aparece directamente ante los sentidos. Los incendios que destruyen barrios enteros, los terremotos que derrumban palacios, las epidemias que devoran ciudades: todo ello revela que la forma es transitoria y que la estabilidad es una ficción útil, pero no verdadera. En esta visión, la vacuidad no es negación del mundo, sino su respiración profunda; no es anular la realidad, sino verla sin las distorsiones del deseo.

Esta comprensión resuena con el pensamiento de Nishida Kitarō, quien concibió el “lugar de la nada” (*basho no mu*) como el ámbito originario donde el yo y el mundo se co-pertenecen. En la cabaña de Chōmei, este “lugar” se expresa de manera concreta: un espacio en el que el ego deja de afirmarse mediante posesiones, roles o títulos, y comienza a comprenderse como relación abierta. Nishida entendió que la verdadera libertad no consiste en afirmar un yo separado, sino en volver a un punto donde el yo y el mundo coinciden en la experiencia pura. La choza de diez pies es, en el fondo, ese punto: un lugar donde el mundo se muestra tal cual es porque el yo deja de imponerse sobre él.

Pero quizá la mayor utilidad del *Hōjōki* para la era contemporánea resida en su invitación a practicar una atención radical. La lectura de este libro no nos pide adherir a una doctrina, sino suspender la inercia del pensamiento habitual. En un mundo saturado de estímulos, la atención se ha vuelto fragmentaria: vemos muchas cosas sin ver ninguna, escuchamos múltiples voces sin oír ninguna. Chōmei nos recuerda que

la atención es la puerta de entrada a la verdad. Allí donde la atención se refina, aparece lo que Heidegger llamaría el “desocultamiento”: la apertura en que las cosas se muestran desde sí mismas y no desde nuestras expectativas.

El Zen ha insistido desde sus orígenes en este punto: ver lo que está enfrente sin distorsión. Pero esta simplicidad es difícil para un mundo habituado a la complicación. La utilidad del *Hōjōki* es que nos enseña este arte sin proclamarlo. La descripción de una lámpara tenue, de una gota de agua que cae, de un refugio mínimo que se tambalea con el viento: todo ello conduce al lector a una experiencia de atención que es en sí misma transformadora. La filosofía occidental llamó “fenomenología” a esta atención rigurosa; el budismo la llamó “sati”, presencia mental. Chōmei la practica sin nombrarla.

Asimismo, el *Hōjōki* ofrece una reflexión profunda sobre la fragilidad humana, que no debe entenderse como un defecto, sino como la condición que permite la apertura. El ser humano moderno, obsesionado con controlar lo impredecible, ha convertido la vulnerabilidad en un enemigo. Chōmei hace lo contrario: la acoge. Reconoce que la fragilidad no debilita la experiencia, sino que la intensifica; no destruye la vida, sino que la revela en su dimensión más verdadera. Desde esta perspectiva, la vulnerabilidad no disminuye la existencia: la afina. Nishida habría dicho que en esa vulnerabilidad se manifiesta “la forma más pura del ser”. Heidegger, por su parte, vio en la finitud la puerta hacia la autenticidad. Chōmei, sin teoría, simplemente la vive.

Todo esto dota al *Hōjōki* de una utilidad que va más allá de lo literario. En la actualidad, donde la aceleración ha sustituido a la profundidad y la dispersión al recogimiento, este libro invita a un gesto subversivo: pensar lentamente. Pensar con el cuerpo, con el silencio, con el tiempo. No se trata de replicar la vida del autor, sino de reconocer en ella una orientación: la posibilidad de habitar el mundo sin quedar atrapado por él. El lector contemporáneo puede encontrar aquí algo que la filosofía moderna también busca: una forma de claridad que no depende del conocimiento acumulado, sino de la transformación interior.

Quizá esa sea la lección última del *Hōjōki*: que la verdadera libertad

no surge cuando dominamos el mundo, sino cuando dejamos de exigirle que nos sostenga; que la serenidad no aparece al controlar la vida, sino al aceptar su ritmo; que la claridad no se alcanza al añadir ruido, sino al permitir que el silencio hable. Chōmei no propone un camino para escapar del mundo, sino para estar en él de manera más profunda. Su pequeña cabaña, frágil y desnuda, es menos un refugio físico que una postura metafísica: un espacio donde ser y mundo pueden encontrarse sin artificio.

Si este libro logra, aunque sea por un instante, abrir esa posibilidad en el lector —la posibilidad de un pensamiento más hondo, de una presencia más nítida, de una vida habitada desde su centro— entonces su vigencia está plenamente justificada. Y acaso, en ese instante, la choza de diez pies vuelva a levantarse, no en la montaña remota donde vivió Chōmei, sino en el lugar más íntimo donde comienza toda transformación: la conciencia del propio ser.

Notas sobre las fuentes y la traducción

La presente edición del *Hōjōki* se ha elaborado a partir de un trabajo comparativo entre diversas ediciones críticas del japonés clásico, traducciones modernas en japonés, y las principales versiones en lenguas occidentales. Como base filológica se ha utilizado la edición estándar del *Hōjōki* incluida en las colecciones de literatura japonesa clásica publicadas en Japón durante el siglo XX, cuyo establecimiento textual es considerado fiable entre especialistas. Estas ediciones ofrecen variantes significativas, especialmente en pasajes donde el estilo de finales del periodo Heian y comienzos del Kamakura presenta elipsis, inversiones sintácticas o giros propios de la prosa budista de la época.

En paralelo, se han consultado traducciones académicas al inglés que han contribuido a clarificar pasajes difíciles y a evitar interpretaciones anacrónicas. Estas versiones, elaboradas desde perspectivas filológicas y comparativas, permiten contrastar la lectura del texto original con decisiones terminológicas ya consolidadas en el ámbito de los estudios japoneses. Sin embargo, esta edición evita depender de forma directa de cualquier traducción previa, privilegiando siempre la revisión del japonés original y preservando los matices estilísticos que definen la voz de Kamo no Chōmei.

La traducción se ha llevado a cabo bajo el criterio de priorizar la fidelidad conceptual por encima de la literalidad formal. El *Hōjōki* utiliza un lenguaje sobrio, cargado de imágenes concretas y de una sensibilidad marcada por el pensamiento budista. Traducirlo de manera estrictamente literal generaría, en muchos casos, frases rígidas o impropias del español contemporáneo. Por ello, cuando la estructura gramatical del original podía inducir a confusión, se optó por reformulaciones que

conservan íntegramente el contenido y el tono, evitando al mismo tiempo repeticiones, ambigüedades innecesarias o construcciones que oscurecerían la experiencia lectora.

El tratamiento de los términos budistas constituye un aspecto esencial de esta edición. Conceptos como *mujō* (impermanencia), *mushin* (no-mente) y *shukke* (abandono del mundo) poseen una densidad doctrinal que excede la traducción directa. En estos casos se ha privilegiado la claridad, ofreciendo una traducción comprensible en castellano y, cuando ha sido necesario, incorporando el término japonés entre paréntesis en su primera aparición. Este método permite al lector acceder al significado profundo sin sacrificar fluidez.

La estructura del texto sigue estrictamente el orden original del *Hōjōki*, que en esencia es un ensayo continuo sin división capitular. Las secciones presentadas en esta edición no alteran el contenido ni reorganizan temas, sino que funcionan únicamente como herramientas editoriales para facilitar la lectura y señalar las transiciones naturales del discurso de Chōmei. En ningún caso se han añadido interpretaciones, fragmentos ajenos o reordenamientos que modifiquen la intención del autor.

Finalmente, se ha buscado mantener un tono literario sobrio, acorde con la sensibilidad del Japón medieval. El estilo de Chōmei, contemplativo y austero, demanda una traducción que conserve la resonancia poética sin caer en artificios modernos. La meta de esta edición no es actualizar la voz del autor, sino permitir que su claridad atravesase los siglos y llegue al lector contemporáneo con la misma fuerza con la que fue concebida.

Glosario de términos

Amida (阿弥陀)

Buda central del budismo de la Tierra Pura. Su figura y su voto salvífico influyeron profundamente en la espiritualidad japonesa del periodo Kamakura. Para muchos monjes y eremitas, recordar el nombre de Amida era un modo de aceptar la fragilidad de la vida y encontrar consuelo ante la impermanencia.

Basho (場所)

“Término filosófico japonés que significa ‘lugar’ o ‘campo’. En Ni-shida Kitarō, se refiere al ámbito originario donde el yo y el mundo coexisten sin separación. En el contexto del *Hōjōki*, la choza de diez pies puede comprenderse como un *basho*: un lugar físico y espiritual donde la experiencia se purifica.”

Biwa (琵琶)

Instrumento tradicional japonés similar a un laúd, asociado con músicos eruditos y relatos épicos. Chōmei fue intérprete de biwa, y este arte influyó en el ritmo contemplativo de su prosa.

Bodhisattva (菩薩)

Ser iluminado que pospone la plena liberación para ayudar a otros a alcanzar la iluminación. La figura del bodhisattva es central en la tradición Mahāyāna que impregnó la cultura japonesa medieval.

Buddhadharma / Dharma (仏法 / 法)

Enseñanza del Buda. Para Chōmei, más que un conjunto doctrinal, era un modo de ver la realidad marcada por la impermanencia y la inter-

dependencia. Su escritura refleja un Dharma vivido y observado en el flujo de los fenómenos.

Choza de diez pies (方丈, hōjō)

Pequeña vivienda donde Chōmei pasó sus últimos años. Más que una estructura física, funciona como un símbolo del desapego y la claridad espiritual. Representa la posibilidad de vivir con lo mínimo y, a la vez, con plenitud interior.

Emon (衣文)

Vestidura formal de la corte imperial. Su presencia simboliza el mundo aristocrático que Chōmei abandona para iniciar su vida retirada.

Fūdo (風土)

Concepto japonés que significa “clima” o “medio”, no solo atmosférico sino espiritual. Sugiere que la sensibilidad surge del entorno cultural y natural. La cabaña de Chōmei es también una forma de *fūdo*: un clima interior donde nace una visión del mundo.

Hijiri (聖)

Eremitas o “hombres santos” del Japón medieval. Vivían apartados de la sociedad buscando claridad espiritual. Chōmei siguió esta tradición, combinando retiro físico y comprensión filosófica.

Impermanencia — Mujō (無常)

Uno de los conceptos fundamentales del budismo y del *Hōjōki*. Significa la naturaleza transitoria de todas las cosas. Chōmei la observa en los desastres, el paso del tiempo y la fragilidad humana, transformándola en su clave interpretativa de la vida.

Kamakura (鎌倉)

Periodo histórico (1185–1333) marcado por el declive de la aristocracia de la corte y el ascenso del gobierno samurái. Chōmei escribe en los inicios de esta transición, cuando la inestabilidad social y política era intensa.

Kannon (観音)

Bodhisattva de la compasión, figura venerada en distintos linajes budistas. su presencia era común en las prácticas espirituales del retiro.

Kū (空) – Vacuidad

Concepto budista que indica que los fenómenos carecen de esencia fija. No es negación del mundo, sino reconocimiento de que las cosas surgen, cambian y se desvanecen en relación con otras. La obra de Chōmei expresa la vacuidad desde la experiencia directa.

Mappō (末法)

Periodo de “decadencia de la Ley budista”, ampliamente creído en la época de Chōmei. Se pensaba que el mundo entraba en una era oscura donde la práctica espiritual se hacía más difícil. Este clima doctrinal influyó en el tono meditativo y resignado del *Hōjōki*.

Mono no aware (物の哀れ)

Sensibilidad estética japonesa que describe la emoción suave que surge al contemplar la belleza efímera. No es tristeza, sino una forma de apreciación melancólica. Chōmei lo expresa en su atención a lo que desaparece.

Mushin (無心) – No-mente

Estado de pureza perceptiva donde la mente no se fija en un objeto ni es atrapada por el deseo. Aunque Chōmei no lo menciona explícitamente, su descripción de la serenidad en la choza refleja este ideal zen.

Nembutsu (念仏)

Práctica del budismo de la Tierra Pura consistente en recitar el nombre de Amida Buda como forma de recordación y refugio espiritual. Era habitual en el tiempo de Chōmei.

Nirvana (涅槃)

Estado de liberación espiritual en el budismo. No es un lugar, sino el cese del deseo y de la ignorancia. En el *Hōjōki* se sugiere más como comprensión intuitiva que como doctrina formal.

Retiro — Shukke (出家)

Literalmente “salir de la casa”. Designa la renuncia a la vida mundana para dedicarse a la práctica espiritual. Aunque Chōmei no se ordena monje de forma estricta, su vida encarna el espíritu del *shukke*.

Sabi (寂び)

Dimensión estética del silencio, la soledad y la edad. Asociado a objetos que muestran el paso del tiempo. En el *Hōjōki*, la choza temblorosa, la luz tenue y la aceptación de la vejez expresan esta sensibilidad.

Satori (悟り)

Despertar o comprensión súbita en el Zen. Chōmei no describe un satori dramático, pero su retiro revela una forma gradual y profunda de despertar interior.

Tierra Pura — Jōdo (浄土)

Reino espiritual prometido por Amida Buda donde los seres pueden renacer para alcanzar la iluminación. La desolación del mundo físico hacía que esta idea fuera extremadamente popular en el periodo de Chōmei.

Wabi-sabi (侘寂)

Estética japonesa que valora lo humilde, lo imperfecto y lo efímero. La vida de Chōmei —una choza mínima, un modo de vivir ligero, la aceptación del deterioro— encarna este principio de manera ejemplar.

Zuihitsu (随筆)

Género literario japonés caracterizado por apuntes misceláneos, reflexiones y observaciones personales. El *Hōjōki* es uno de sus ejemplos fundacionales.

Referencias

Fuentes primarias en japonés

Kamo no Chōmei. (1984). *Hōjōki* (F. Kawamoto, Ed.). Iwanami Shoten.

URL de referencia: <https://www.iwanami.co.jp>

Kamo no Chōmei. (1990). *Hōjōki* (versión en japonés moderno). Kadokawa Shoten.

URL de referencia: <https://www.kadokawa.co.jp>

Traducciones y estudios en lenguas occidentales

Bargen, D. (1997). *Hōjōki: Visions of a Torn World*. University of California Press.

URL de referencia: <https://www.ucpress.edu>

Keene, D. (1999). *Seeds in the Heart: Japanese Literature from Earliest Times to the Late Sixteenth Century*. Columbia University Press.

URL de referencia: <https://cup.columbia.edu/book/seeds-in-the-heart/9780231114417>

McCullough, H. C. (1993). *Classical Japanese Prose: An Anthology*. Stanford University Press.

URL de referencia: <https://www.sup.org/books/title/?id=1711>

Varley, P. (2000). *Japanese Culture* (4th ed.). University of Hawai'i Press.

URL de referencia: <https://uhpress.hawaii.edu/title/japanese-culture/>

Estudios sobre budismo, literatura e impermanencia

LaFleur, W. R. (1983). *The Karma of Words: Buddhism and the Literary Arts in Medieval Japan*. University of California Press.

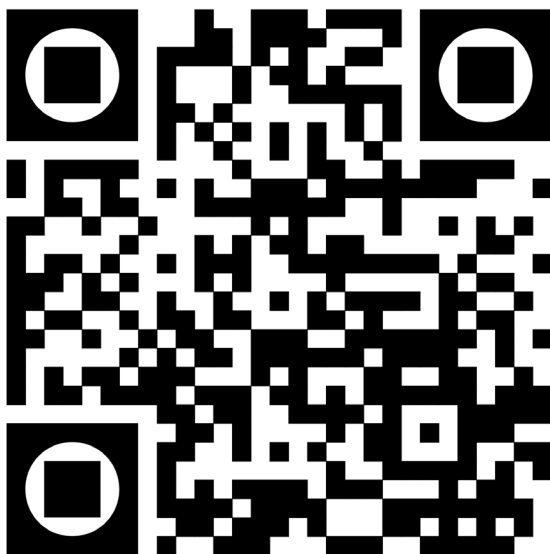
URL de referencia: <https://books.google.com/books?id=U-vOxDVaNYbUC>

Yamamoto, H. (2001). *Impermanence in Japanese Literature*. Tuttle Publishing.
URL de referencia: <https://www.tuttlepublishing.com>



Publicación digital de Fundación Ediciones
Clío.

Maracaibo, Venezuela,
Diciembre de 2025



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio
web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

En un Japón sacudido por calamidades, crisis políticas y desórdenes sociales, Kamo no Chōmei, poeta y músico de la corte, decide abandonar un mundo que se desmorona. Su retiro no es una huida, sino el resultado de una comprensión profunda: nada permanece, y aferrarse a lo efímero es la raíz del sufrimiento. Desde una pequeña choza de apenas diez pies de lado, situada en las montañas y lejos del bullicio de la capital, Chōmei observa la vida con una claridad nueva. Su prosa, austera y luminosa, revela la serenidad que nace cuando se abandona lo superfluo y se abraza la simplicidad radical.

El Hōjōki es una meditación sobre la impermanencia, la fragilidad del deseo, la serenidad del desapego y el valor de una vida modesta. No es un tratado filosófico, sino una confesión transparente donde el autor desnuda su transformación espiritual. En sus páginas, el lector encuentra una belleza silenciosa que procede de la contemplación del mundo tal cual es: cambiante, frágil, fugaz, pero lleno de una profundidad que solo se revela a quien sabe detenerse.

Esta edición de Ediciones Clío ofrece una traducción fiel y literaria, acompañada de un estudio preliminar que sitúa al lector en el corazón del Japón medieval y en la sensibilidad del pensamiento budista. En un tiempo marcado por la prisa, el ruido y la saturación, la voz de Chōmei resuena con especial urgencia. Su mensaje es sencillo y radical: vivir bien no consiste en poseer más, sino en necesitar menos. El Hōjōki es un refugio, una brújula y, sobre todo, un recordatorio de que la libertad comienza allí donde termina el apego.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>



Ediciones
Clío